RESEÑAS

Justo Pedro Hernández González, *Literatura médica sobre el beber frío en la Europa del siglo XVI. Una polémica renacentista*, 2009, Vigo, Academia del Hispanismo, 122 pp.

RECEPCIÓN: 28 de marzo de 2010.

ACEPTACIÓN: 22 de abril de 2010.

Justo Hernández, médico e historiador de la medicina, nos ofrece *La literatura médica sobre el beber frío en la Europa del siglo XVI. Una polémica renacentista*, y, ciertamente, el espíritu del debate se advierte a lo largo de todo el libro, desde la primera hasta la última de sus páginas.

Escrito con un estilo ágil, Justo Hernández nos muestra, de manera rigurosa y a la vez amena, los testimonios escritos por los galenos españoles que tomaron parte en la polémica en torno a la salubridad o no del beber frío. El libro consta de “Introducción”, “Presupuestos básicos”, siete capítulos, “Conclusiones”, un abundante cuerpo de notas, bibliografía de las fuentes estudiadas y un índice analítico.

Ahora bien, para comprender esta polémica, es necesario “tener en cuenta –como advierte el autor– que el temperamento corporal podía equilibrarse o desequilibrarse por el efecto de las bebidas y/o alimentos que se ingerían” (p. 14). En efecto, la dietética fue un pilar de la medicina antigua: los términos δίαίτα, en griego, y *diaeta*, en latín, se referían no sólo a qué alimentos comer, sino también a cómo llevar un género de vida saludable, que incluyera no sólo una alimentación sana, sino además, ejercicio frecuente, períodos de reposo, purgas habituales y baños.

Así entendido, el papel de la dieta en la ciencia médica de la antigüedad era, ante todo, el de conservar la salud, pero también el de prevenir la enfermedad: tanto Hipócrates como Galeno consideraron que la dieta tenía la función de restaurar el equilibrio fracturado, o de impedir, mediante su cumplimiento, que dicho equilibrio se quebrantara.

Los médicos renacentistas, citados por Justo Hernández, basaron sus argumentos, ya sea a favor o en contra del beber frío, en la medicina antigua, especialmente en Galeno. Más aún, el afán por esclarecer y enmendar muchos pasajes del galenismo original constituyó la génesis de las diversas polémicas que se suscitaron en la época; entre ellas, la del beber frío, pero también otras, como las referidas a la sangría, a los jarabes, a la capacidad hematopoyética del sistema venoso o aquella referida a la naturaleza del pulso y del latido cardíaco (pp. 10-11).

El libro comienza exponiendo muy brevemente los antecedentes de la polémica, en el capítulo I, “La tradición medieval”. Allí, Justo Hernández llega a la conclusión de que, en general, “los maestros del Medioevo reprobaron el uso de beber frío” (p. 15).

En el capítulo II, “Los prolegómenos de la polémica”, el autor nos presenta dos textos médicos de suma importancia, para enmarcar la polémica: la *Materia médica* de Dioscórides, en la versión castellana de Andrés Laguna, y el *Liber de arte medendi* (1557), escrito por Cristóbal de Vega, y traducido del latín al español por el propio Justo Hernández. Laguna advierte del peligro de beber bruscamente agua fría, pues ésta provoca un enfriamiento tan súbito que altera la función cardíaca al grado de provocar ahogamiento (p. 22); de Vega, por su parte, refiere lo dañino que resulta beber agua fría después de hacer ejercicio, y también desaprueba el consumo de vino enfriado con nieve o hielo, según las modas que comenzaban a imponerse entre los nobles y los magnates del Renacimiento (pp. 28-29).

El capítulo III trata del “Único manuscrito sobre el beber frío (1569)” del médico plasentino Luis de Toro, quien nunca lo dio a la imprenta. Este texto, compuesto en forma de diálogo, presenta a tres interlocutores: el doctor Águila, defensor de enfriar con nieve el agua; el licenciado Sylva, contrario a esta práctica, y Don Claudio, el moderador. El diálogo que sostienen estos personajes permite apreciar cómo el debate se va extendiendo cada vez más en la segunda mitad del quinientos.

Hasta aquí, tanto Laguna como de Vega, y también Luis de Toro, consideran que detrás del beber frío debe verse “la pérdida de la sobriedad y templanza, atribuyendo a la gula la extensión de esta costumbre” (p. 36). Sin embargo, a partir del siguiente capítulo se verá con claridad cómo dicha costumbre va ganando adeptos entre los médicos renacentistas, hasta lograr la aprobación prácticamente unánime de los galenos españoles de finales del siglo XVI.

RESEÑAS

“El primer impreso (1569)” es el título del capítulo IV, el cual se refiere al *Tratado de la nieve y el uso della*, escrito por Francisco Franco. Éste recurre, en varios de los pasajes citados, al “argumento de autoridad” que le brindan los autores antiguos (pp. 54, 55, 57), para ponderar las delicias de las bebidas enfriadas con nieve para apaciguar la sed. Su defensa del beber frío incluye una curiosa receta de lo que hoy en día sería una gelatina de vino: “Hácese con ciertos polvos de hueso de un pescado, de manera que queda el vino como una excelente gelea, la cual puesta en la mesa se corta a tajadas, como si fuese queso fresco, y el sabor es el mismo del vino” (p. 64).

A continuación, en el capítulo V, “Un apéndice de un libro de materia médica americana (1571)”, Justo Hernández se ocupa del *Libro que trata de la nieve*, opúsculo redactado por Nicolás Bautista Monardes, quien celebra “las excelencias del beber enfriado con nieve” (p. 77), no sin antes contar cómo era llevada la nieve desde Sierra Nevada hasta Sevilla, pasando por Granada, y justificar, así, lo elevado de su precio: “por ser el camino largo: y venir por tierra caliente, por lo cual se disminuye mucho: y llega aquí muy poca de la que allá sacan y por esto vale tan cara” (p. 77).

El capítulo VI trata de “Un libro médico sobre el agua (1576)” de Alonso Díez Daza, autor de la única obra consagrada por entero al tema del agua, escrita desde el punto de vista médico en la España del quinientos. Para que el agua enfriada con nieve no dañe a nadie, cualesquiera que sean la edad o el temperamento, Díez Daza explica el procedimiento: se cocerá el agua en un vaso de barro; una vez separadas las impurezas, se dejará enfriar y se trasegará a otra vasija; finalmente, se pondrá en un vaso de vidrio, el cual, lleno de agua, se meterá dentro de la nieve (p. 87).

Llegamos al último capítulo, el VII, dedicado a “El tratado sobre el beber frío (1576)” de Francesc Micò: “Alivio de los sedientos, en el qual se trata la necesidad que tenemos de beber frío y refrescado con nieve, y las condiciones que para esto son menester, y quales cuerpos los pueden libremente soportar”. Este extenso título resulta elocuente del punto de vista del doctor catalán, quien afirma “con gran determinación”—como bien señala Justo Hernández—que “son tantas las utilidades, y provechos que de beber fresco se adquieren, que es casi imposible, poderlas recoger, por ser infinitas” (p. 99).

En suma, Justo Hernández nos ofrece un libro que resulta de enorme valía para conocer los testimonios escritos por los doctores españoles del Renacimiento, que intervinieron en la polémica del beber frío, y para apreciar, por cuenta propia, el cambio en la estimación médica de esta práctica; un libro

que, además, tiene el mérito de estar cuidado hasta en los más pequeños detalles: baste referir, como muestra de ello, la cita incluida en el colofón, y que sin duda ilustra la esencia misma del libro: “Debe lucharse con todo el razonamiento contra quien, suprimiendo la ciencia, el pensamiento y el intelecto, pretende afirmar algo, sea como fuere” (Platón, *Sofista*, 249 c).

AMALIA LEJAVITZER

Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México